

LAURIE PIÑA *IN MEMORIAM*

En el trayecto de nuestras vidas encontramos muchas personas que suscitan afecto, respeto; incluso admiración. Pero hay otras, como la que aquí evoco, que suman a estos merecimientos un componente extraordinario: nos ayudan a vivir. No es necesario que las veamos o hablemos con ellas todos los días; a veces, la relación se sustenta en una larga cadena de correos electrónicos que van tejiendo la amistad y la mutua confianza en la telaraña de los trabajos y los días, a pesar del tiempo, siempre estrecho, o la distancia, a veces larga. Sabemos que están ahí. Y con sólo eso nos brindan un respaldo, una mano cálida dispuesta a aferrar la nuestra cuando necesitamos un apoyo para continuar la andadura de nuestro existir.

Laurie Piña era así. Nos conocimos en un primaveral día neoyorquino, cuando yo hacía una breve escala en la ciudad para conversar sobre asuntos de trabajo con Gerardo Piña-Rosales. La proverbial generosidad de ambos se tradujo en una gentil invitación a cenar en un acogedor restaurante italiano. Fue esa grata velada, inolvidable gracias al espíritu alegre, solidario y cálido de mis anfitriones, la primera oportunidad que tuve de apreciar la fascinante personalidad de Laurie, uno de esos seres dotados con una capacidad para la comunicación y una disposición para el contacto espiritual tales, que crean en nosotros la impresión de haberlos conocido durante toda la vida.

A partir de entonces, los hados o el destino, que para el caso es lo mismo, nos permitieron repetir encuentros esporádicos en distintas circunstancias y escenarios, a veces sociales y otras profesionales, que fueron nutriendo las raíces de una amistad que se consolidó y creció con el tiempo. Luego Gerardo pergeñó aquella aventura que inmediatamente suscitó mi complicidad, la de crear una revista de la Academia Norteamericana de la Lengua Española que constituyera

un vaso comunicante entre la creación literaria y el mundo académico panhispánico; esta común empresa permitió que, a través de los años, Laurie y yo nos mantuviésemos en contacto. Una miríada de mensajes, cursados a través del ciberespacio, dan testimonio de su solidario apoyo, especialmente en lo que se refiere a problemas de traducción e interpretación que ella, con su admirable bilingüismo, siempre resolvía. Tal vez por una inclinación a evitar protagonismos, o bien por ser Gerardo el Director de la Academia, nunca quiso aceptar que incluyese en la RANLE su nombre entre el equipo de colaboradores. Le bastaba que supiésemos que estaba allí cuando la necesitábamos.

Hoy, que ya no está, cuando evocamos a Laurie viene a nuestro encuentro aquella sonrisa suya, franca y abierta. Era una sonrisa clara, limpia, espejo de la nobleza de su espíritu. Sus muchas virtudes, incluida su inteligente intuición femenina, venían de la mano del humor, que como un gentil emisario las precedía y anunciaba; un humor justo, sano, casi inocente. Por estas y muchas otras razones, que enaltecen su calidad humana, Laurie era tan querida de todos. Añoro hoy el inapreciable valor de su compañía.

Sabemos que la muerte es inapelable. Ninguna palabra, ninguna voluntad humana puede prevalecer contra ella. Solo el tiempo nos ayuda a reconciliarnos con la devastadora realidad de la ausencia. Sin embargo, aquellas personas que han tocado nuestras vidas con la magia de su alegría, su respeto por el prójimo y su bondad, no mueren del todo. Como dijo Luijpen, “amar es saber que el otro nunca morirá”. Y a los que quedamos aquí, hoy, ahora, evocando su figura, nos basta saber que está presente en nuestros corazones.

Carlos E. Paldao



© Gerardo Piña-Rosales